

familiar acumulando prebendas e hijos naturales. Ausiàs Despuig estuvo más comprometido con la Iglesia de su tiempo, distribuyó parte de sus bienes entre los pobres y fue enterrado en un hermoso mausoleo de Santa Sabina.

Entre los cardenales valencianos promovidos por Alejandro VI encontramos en primer lugar a Joan de Borja y Navarro, sobrino del papa, gobernador de Roma y legado en Nápoles; Bartomeu Martí desarrolló una intensa actividad sinodal en su sede de Segorbe hasta que se desplazó en Roma; los hermanos Joan y Pere Lluís de Borja Llançol de Romaní fueron colaboradores de Alejandro VI en los últimos años de su pontificado, al igual que Jaume Serra y Francesc de Borja, cuya labor en la administración y pacificación de los territorios pontificios no les impidió promover diversas empresas artísticas o culturales. Joan Castellar y Joan de Vera hicieron compatible su fidelidad al papa con una adhesión a Fernando el Católico, y en el caso de Vera una profunda amistad con César Borja que no mancilló su integridad como cardenal y hombre de Iglesia. La relación con Fernando el Católico fue más áspera en el caso del sobrino del papa Francesc Galcerà de Lloris –que se enemistó con el rey por la atribución de ciertas prebendas– o Jaume Casanova, hijo de un *mestre obrer* de Xàtiva que vigilará la obra de Pinturicchio en los Palacios Vaticanos pero no recibirá el apoyo del rey en su carrera eclesiástica. Como puede verse la diversidad de situaciones y de comportamientos no permiten trazar una imagen demasiado estereotipada de los «cardenales Borja», ni de aquellos prelados setabenses que se instalaron en Xàtiva y Barcelona. El autor se detiene en Francesc de Borja –sobrino del cardenal homónimo– del que sólo conocemos las rentas que acumuló y el hijo que dejó, y en Pere García, bibliotecario de la Vaticana, obispo de Barcelona y luchador infatigable por la reforma moral de su diócesis.

El fresco dibujado es abigarrado en sus contrastes de miseria y esplendor. Son las luces y las sombras perfiladas por el profesor

Pons Alòs gracias a su metodología depurada y a su comprensión de la naturaleza de la Iglesia. Tal vez en un futuro pueda enriquecerse este trabajo con el material archivístico y bibliográfico italiano –menos explorado– que podría arrojar nuevas luces sobre la labor desarrollada por los cardenales ibéricos en la Curia y en los Estados Pontificios. Celebramos su publicación –con los cuadros genealógicos y las hermosas ilustraciones del anexo– y esperamos que la editorial del Centro de Estudios Borgia nos siga deparando trabajos tan sólidos como el que reseñamos.

A. Fernández de Córdoba

Marianne SCHLOSSER, *Katharina von Siena begegnen*, Sankt Ulrich Verlag, Augsburg 2006, 176 p.

Santa Catalina de Siena (1347-1380) es conocida no sólo en la literatura mística medieval y por su influencia en la situación político-religiosa de su tiempo, sino que su reconocimiento se extiende hasta hoy, como muestran los títulos que ha recibido en el siglo XX: patrona de Italia junto con San Francisco de Asís (1939), Doctora de la Iglesia (1970) y copatrona de Europa (1999). Marianne Schlosser, especialista en Historia de la Teología medieval y actualmente titular de la cátedra de Teología espiritual en la Universidad de Viena, nos presenta a Catalina en todas sus facetas, como un personaje real, histórico, no idealizado. Este enfoque queda expresado en el título «encontrarse con Catalina de Siena».

La obra comienza con una breve cronología, a la que sigue un capítulo informativo sobre las fuentes contemporáneas a Catalina, su acceso y su fiabilidad histórica, porque en ellas se basa esta biografía, principalmente en las dos *vitae* –la *Legenda maior* de Raimundo de Capua, y la llamada *Legenda minor* de Tommaso Caffarini– y en las numerosas cartas de la santa que pertenecen ya a la literatura clásica italiana. La semblanza está estructurada en dos partes. La primera parte, de mayor

extensión, abarca la narración de su vida, que se centra en Siena, Aviñón y Roma. La segunda parte trata de su enseñanza, que le mereció el título de Doctora de la Iglesia; se expone en tres epígrafes, titulados con expresiones suyas «creados por amor y para el amor», «el puente del Hijo Encarnado», y «la tesorería de la Redención» y que se refieren, como es evidente, a los misterios de la creación, encarnación y redención. Estas verdades reveladas no se encuentran expuestas de forma sistemática en los escritos de Catalina, sino en una conexión vital a través de sus propias vivencias místicas, de su práctica de virtudes y de su actividad al servicio de la Iglesia y de su patria. La profesora Schlosser logra explicar los fenómenos místicos extraordinarios de la santa en su significado teológico, dejándolos al mismo tiempo en su contexto vital e histórico.

El «encuentro» con Catalina de Siena está concebido como libro de bolsillo –de divulgación, por tanto–, no como una investigación histórico-teológica. No obstante une ambas cualidades, porque tiene un estilo claro y asequible, documenta el contexto contrastando la bibliografía, y capta en profundidad los contenidos de teología espiritual, expresándolos con una terminología exacta. Aunque muchos aspectos de la vida de Catalina resultan lejanos y sorprendentes para el lector actual, no así su personalidad y su valor testimonial que se perciben como cercanos.

E. Reinhardt

Jean-Pierre VANDEN BRANDEN, *Érasme et les papes de son temps*, Musée de la Maison d'Erasmus (Colloquia in Museo Erasmi, 9), Bruselas 2004, 133 pp.

Erasmus de Rotterdam es un testigo privilegiado de los cambios operados en la Iglesia y las sensibilidades religiosas durante los años cruciales del Renacimiento. Aunque no haya escrito ninguna obra específica sobre el Papado, su mirada sobrevoló diez pontificados consecutivos dejando en su epistolario agudos tes-

timonios sobre cada uno de sus titulares. La presente obra de Jean-Pierre Vanden Branden –conservador del Museo de la Casa de Erasmo (Anderlecht) y director de la Academia Libre de Bélgica– ofrece una selección de los principales textos del humanista de Basilea sobre los papas que conoció en vida, desde Paulo II (1464-1471) a Paulo III (1534-1549). Sin ser un estudio de investigación, su obra continúa de alguna manera la labor realizada por Karl von Schatti o el *Diccionario* coordinado por Bietenholz y Deutscher, ofreciéndonos una recolección de testimonios ordenados cronológicamente que ilustran diversos aspectos de la biografía y del pensamiento del humanista de Basilea. El tono de la redacción es por tanto muy suelto –incluso coloquial–, sin más referencias bibliográficas que los propios textos erasmistas.

Son pocos los testimonios que ha dejado Erasmo sobre los papas de finales del siglo XV. De Alejandro VI recordará su protección a los judíos, el envío de la Rosa de oro a Felipe el Hermoso en 1498 o su temor a contrariar a los mendicantes. En un momento en que se fraguaban la leyenda negra antiborgiana, Erasmo prefirió proyectar sus juicios más negativos contra Julio II, a quien negó su acceso al paraíso en su opúsculo *Julius exclusus e coeli*, compuesto poco después del fallecimiento del pontífice. Jean-Pierre Vanden analiza con detenimiento el contenido de esta obra tan implacable contra la presunción, la iracundia y la vanagloria del papa della Rovere, señalando las reticencias del propio Erasmo a reconocer esta obra como suya.

El juicio sobre León X es mucho más benigno por la sintonía intelectual que unió al papa con el humanista, reflejada en la extensa correspondencia que se intercambiaron. Algunas de estas cartas ponen de manifiesto el reconocimiento del pontífice a la labor de Erasmo y recogen las encendidas alabanzas que éste le tributó. Para Jean-Pierre Vanden aquella amistad explica que Erasmo no hubiera cargado la mano contra la institución del Papado y